

drade que consume la identificación esquemática de su idiosincrasia con los contenidos provenientes de la experiencia prepoética. Ante ese estado, que sobreviene con la fuerza y la arbitrariedad de una instancia incondicionada que pasa a gobernar la percepción y el sentimiento, el poeta no toma el papel del poseedor jactancioso de los atributos creadores sino, a la usanza de los antiguos poetas griegos, el papel más humilde del depositario de una aptitud para él mismo desconcertante. Bien le cuadran, por eso, a Carlos Drummond de Andrade, las palabras que sobre la creación escribiera en sus *Memorias* el dramaturgo Arthur Miller: «Como a todo escritor, se me suele preguntar de dónde me vienen las ideas y he de decir que si lo supiera me dejaría caer por allí más a menudo».

### *Sentimiento del mundo*

En 1935, Carlos Drummond de Andrade inicia la composición de uno de sus libros más afamados: el titulado *Sentimiento del mundo*, concluido en 1940. En él podemos reconocer el acceso del poeta a algunas de las primeras enseñanzas fundamentales que le deja su experiencia creadora.

Situado, por obra de la poesía, ante la evidencia de su *ser-otro* que aquel que el sentido común le propone y aún le impone, el hombre, al contemplarse, ya no está apenas ante su propia imponderabilidad sino, incluso ante la imponderabilidad del mundo, cuyo semblante y esencia, en el seno del contacto poético, también se han transfigurado ganando una complejidad que el mero pesimismo o la desesperación desnuda le niega. Tampoco, por supuesto, el poeta puede optar, desde la alternativa que su arte le abre, por la visión frívolamente festiva de la vida, a la manera de «Los inocentes de Leblon» o de quienes gozan del «Privilegio del mar». El espíritu solidario auténtico es, en el poeta, el que sin subestimar la tragedia que vive el mundo hacia 1940, no agota sus contenidos en la reivindicación ideológica o en las consignas de la lucha imprescindible contra el totalitarismo fascista. La vida debe vivirse no porque pueda llegar a ser mejor sino porque la condición humana implica resistir empecinadamente el acoso de la destrucción. Se trata de un ascetismo combativo cuya naturaleza, cruda y a la vez conmovedora, recuerda las palabras que leyera Albert Camus sobre su generación al recibir el Premio Nobel de Literatura, en 1957: «Esos hombres —nacidos al comienzo de la primera guerra mundial, que tenían veinte años al tiempo de instaurarse, a la vez, el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, y que para completar su educación se vieron enfrentados luego a la guerra de España, la segunda guerra mundial, el universo de los campos de concentración, la Europa de la tortura y de las prisiones— se ven hoy obligados a orientar a sus hijos y sus obras en un mundo amenazado de destrucción nuclear. Supongo que nadie pretenderá pedirles que sean optimistas. Hasta luego a pensar que debemos ser comprensivos, sin dejar de luchar contra ellos, con el error de los que, por un exceso de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonra y se han lanzado a los nihilismos de la época. Pero sucede que la mayoría de nosotros, en mi país y en el mundo entero, ha rechazado el nihilismo y se consagran a la conquista de una legitimidad. Les ha sido preciso forjarse un arte de vivir para

tiempos catastróficos, a fin de nacer una segunda vez y luchar luego, a cara descubierta, contra el instinto de muerte que se agita en nuestra historia».

De igual modo, el acento de Drummond de Andrade en su poema «Los hombros soportan el mundo» se emparenta con esa voluntad de sinceramiento que no necesita extraer su validez de un esperanzado idealismo transformador sino de un vitalismo cuyo fundamento es la autenticidad posible:

Llega un momento en que no se dice más: Dios mío.  
 Un momento de absoluta depuración.  
 Un momento en el que no se dice más: mi amor.  
 Porque el amor resultó inútil.  
 Y los ojos no lloran.  
 Y las manos tejen apenas el rudo trabajo.  
 Y el corazón está seco.

En vano las mujeres llaman a la puerta, no abrirás.  
 Estás sólo, la luz se apagó,  
 pero en la sombra tus ojos resplandecen enormes.  
 Eres todo certidumbre, ya no sabes sufrir.  
 Y nada esperas de tus amigos.  
 Poco importa que venga la vejez ¿qué es la vejez?  
 Tus hombros soportan el mundo  
 y él no pesa más que la mano de un niño.  
 Las guerras, el hambre, las discusiones en los edificios  
 prueban apenas que la vida prosigue  
 y que no todos se liberaron todavía.  
 Algunos, encontrando bárbaro el espectáculo  
 preferirán (los delicados) morir.  
 Estamos en un momento en que de nada vale morir.  
 Estamos en un momento en que la vida es una orden.  
 La vida apenas, sin mistificación.

He aquí, entonces, al poeta repuesto de la desilusión catastrófica generada por las primeras grandes pérdidas y, a la vez, a salvo de las tentaciones nacidas tanto de la negación extrema como de la afirmación irresponsable de la esperanza. El acento infundido a «Los hombros soportan el mundo» franquea el acceso a la verdadera naturaleza del desencanto de Drummond de Andrade. No es desilusión ante la vida sino lúcido distanciamiento de las formas que toma su mistificación. Nada de fugas retóricas o de compulsivas evasiones. Si se trata de resistir, se resistirá. Recordemos otra vez a Camus, emparentado en tantos aspectos con Drummond de Andrade: «Indudablemente, —afirma el texto referido— cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste en impedir que el mundo se deshaga».

En la composición que Drummond de Andrade tituló «Oda en el cincuentenario del poeta brasileño», dedicada a su admirado y querido amigo Manuel Bandeira, nos ofrece nuevos señalamientos sumamente sugestivos. Figura entre ellos el que permite explicar la función ontológica de la poesía en una sociedad contaminada por el autoritarismo y la pseudoinformación, y donde ella, la poesía, irrumpe no en respuesta a un imperativo ético, consciente, sino en respuesta a una fatalidad vocacional que hace del escritor un ser ético al convertirlo, ante todo, en un ser estético.

«Oda en el cincuentenario...» nos asegura, en tal sentido, que la poesía no ha perdido en el transcurso de los siglos un atributo primordial de sus comienzos clásicos: el de recuperar la palabra sustrayéndola a la atmósfera de menoscabo en que, insistentemente, se la ahoga. La poesía limpia la palabra, la restaura, la libera de sus disfraces retóricos, de la locura implícita en su instrumentación prostibularia. Esta restauración —que no es idealista porque reconoce su carácter provisional y dialéctico— implica fraternidad; implica consuelo, el alto aliento de la dignidad —atributos, todos estos, encarnados por la persona de Manuel Bandeira, un ser, diríase, literalmente tomado por la poesía. La «Oda en el cincuentenario...» refuerza aún con mayor explicitación en sus enunciados que el poema «Los hombros soportan el mundo», la convicción de que la poesía está más allá de cada una de las partes en conflicto que escinden y fragmentan la percepción valorativa de la vida humana. Y *más allá*, no porque pueda presumirse que no es expresión de ese hombre que sufre y se dispersa, sino porque, como enunciado, ella no se origina en la misma zona donde se articulan los pareceres y prejuicios cargados de unilateralidad. La poesía arraiga, en cambio, en ese suelo donde la sed de despojamiento que pide una vida *sin mistificación* puede exteriorizarse y dar forma a un sentido superior de la tolerancia ante el drama humano cuya idiosincrasia guarda un secreto parentesco con la piedad religiosa. La poesía proviene de una íntima vivencia de consubstanciación emocional con la totalidad que, como tal, es comunión con el misterio del fundamento de lo real. Ese misterio es, en el poeta, inmersión de todo su ser en la indisoluble tensión de la tragedia humana y del dilema metafísico que la signa: ser sin que ello implique saber para qué, y no poder, empero, liberarse jamás del acoso de esa abrumadora pregunta por el sentido.

Es en este suelo contrastante y enigmático donde nace el poeta. Esta es la patria problemática que en él toma forma lírica. Poeta ha de ser, entonces, el hombre en su condición de soporte verbal de la verdad como conflicto irreductible: *Ese incesante morir/ que en tus versos encuentro/ es tu vida, poeta/ y por él te comunicas/ con el mundo en que te esfumas./ (...)/ Tu violenta ternura,/ tu infinita vigilancia,/ tu trágica existencia/ sin huellas exteriores/ sin embargo, a no ser tus arrugas,/ tu sencilla gravedad,/ la acidez y el cariño simples/ que emanan de tus fotos,/ que atrapo en tus poemas,/ son razones por las que te amamos/ y por las que nos haces sufrir...// Ciertamente no sabías/ que nos haces sufrir.// Es difícil de explicar/ este sufrimiento seco, sin lágrimas de amor,/ sentimiento de hombres juntos,/ que se comunican sin gesto/ y se invaden sin palabras,/ se aproximan, se comprenden/ y se callan sin orgullo.*

Al recorrer el amplísimo abanico temático conformado por la obra de Manuel Bandeira hasta 1938 (quien, recordémoslo, había nacido en 1888), Drummond de Andrade señala la sustancia viva que, en cada caso, se vale de un recurso argumental distinto para irrumpir incesantemente. Esa sustancia viva es *tu poesía/ tu acuciante, inefable poesía,/ que hiere las almas, bajo apariencias balsámicas,/ que quema las almas, como fuego celeste, al visitarlas;/ es el fenómeno poético del que te constituiste en misterioso portador/ y que viene a traernos en la aurora el soplo ardiente de los mundos, de las amadas exuberantes y de las situaciones ejemplares que no sospechábamos.// Por eso sufrimos: por el mensaje que nos confías/ en medio del tráfico, ahogado por el pregón de los diarios y mil quejas obreras;/ ese incesante pero discreto mensaje/ que, a los cincuenta años, poeta, nos traes,/*